



ROSINHA,

MI CANOA

A

Rosinha, mi canoa

José Mauro de Vasconcelos

Título original: *Rosinha, Minha Canoa*

© Copyright (1962) Editora Melhoramentos Ltda., Brasil

Comentario literario: Luiz Antonio Aguiar

Traducción: Haydée M. Jofre Barroso, Mónica Ploese

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina y España

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2020

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4983 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Edición: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Diseño de tapa: Silvana López

1ª edición en Editorial El Ateneo: febrero de 1975

1ª edición escolar: marzo de 2020

ISBN 978-950-02-1052-2

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en marzo de 2020.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Vasconcelos, José Mauro de

Rosinha, mi canoa / José Mauro de Vasconcelos ; comentarios de Luiz Antonio Aguiar. - 1a edición para el alumno - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2020.

312 p. ; 19 x 14 cm.

Traducción de: Mónica Ploese ; Haydée M. Jofré Barroso.

ISBN 978-950-02-1052-2

1. Narrativa Infantil y Juvenil Brasileña. 2. Novela. I. Aguiar, Luiz Antonio, com. II. Ploese, Mónica, trad. III. Jofré Barroso, Haydée M., trad. IV. Título. CDD B869.3



ROSINHA, MI CANOA



**Edición
escolar**

José Mauro de Vasconcelos

 **Editorial El Ateneo**



El autor

José Mauro de Vasconcelos nació el 26 de febrero de 1920, en Bangu, Río de Janeiro. Proveniente de una familia sumamente pobre, de niño debió vivir con unos tíos en Natal, capital de Río Grande del Norte, donde pasó su infancia y su juventud. A los 9 años, el pequeño se entrenaba nadando en el río Potengi, en la misma ciudad, y soñaba con ser campeón. También le gustaba leer, principalmente las obras de Paulo Setúbal, Graciliano Ramos y José Lins do Rego; estos dos últimos, importantes autores regionalistas de la literatura brasileña.

Las actividades de la infancia de De Vasconcelos serían la base de toda su vida: el espíritu aventurero, el deporte y, al mismo tiempo, la literatura, el hábito de escribir, el cine, las artes plásticas, el teatro; la sensibilidad y el vigor físico juntos. Se convertiría en un hombre brillante, aunque muy sencillo, lejano a la Academia de Letras.

Estando aún en Natal, cursó dos años de Medicina, pero no aguantó: su personalidad inquieta lo impulsó a regresar a Río de Janeiro, a bordo de un carguero. Una sencilla valija de cartón era todo su equipaje. A partir de aquella ciudad, comenzó una peregrinación por el resto del Brasil: fue entrenador de box y estibador de banano en la capital carioca, pescador en el litoral fluminense, maestro de primaria en un centro de pescadores en Recife, mozo en San Pablo. . .

Toda esta experiencia, asociada a una memoria y una imaginación privilegiadas y a una enorme facilidad para contar historias, dio como resultado una obra literaria de calidad, reconocida internacionalmente: 22 libros, entre novelas y cuentos, con traducciones publicadas en Europa, los Estados Unidos, América Latina y Japón, algunos de los cuales tuvieron versiones cinematográficas y teatrales.

Su primera obra, *Banana Brava* (1942), retrata a un hombre embrutecido en las minas del sertón de Goiás, en el centro-oeste del Brasil. A pesar de que la novela recibió algunas críticas favorables, no tuvo éxito. Enseguida llegó *Barro Blanco* (1945), que tiene como telón de fondo las salinas de Macau, ciudad de Río Grande del Norte. Surgía, entonces, la vena regionalista del autor, que continuaría con *Arara Vermelha*, 1953; *Harina huérfana* (*Farinha Órfã*), 1970 y *Lluvia de la noche* (*Chuva Crioula*), 1972.

Su método de trabajo era peculiar: elegía los escenarios de sus historias y entonces se trasladaba allí. Antes de escribir *Arara Vermelha*, recorrió cerca de 3000 kilómetros a través del sertón, haciendo estudios minuciosos que serían la base de la novela. A los periodistas, les decía: “Escribo mis libros en pocos días. Pero, en compensación, paso años rumiando ideas. Escribo todo a máquina. Hago un capítulo entero y después releo lo que escribí. Escribo a cualquier hora, de día o de noche. Cuando estoy escribiendo, entro en trance. Solo paro de golpear las teclas de la máquina cuando me duelen los dedos”.

La enorme influencia que ejerció en su vida el haber convivido con los indígenas (acostumbraba a viajar al “medio de la selva” por lo menos una vez al año) no tardaría en aparecer en su obra. En 1949 publicó *Lejos de la tierra* (*Longe da Terra*), donde cuenta su experiencia y señala los prejuicios sobre la cultura indígena producidos por el contacto con los blancos. Fue el primero de una larga lista de libros indigenistas: *Raya de fuego* (*Arria de Fogo*), 1955; *Rosinha, mi canoa*, 1962; *El padrillo* (*O Garanhão das Praias*), 1964; *Las confesiones de fray Calabaza*, 1966; *Kuryala: capitán y carajá* (*Kuryala: Capitão e Carajá*), 1979.

Dicha producción nació de una importante actividad que el aún joven escritor realizó con los hermanos Villas-Bôas, sertanistas e indigenistas brasileños, internándose en el sertón de la región de Araguaia, en el centro-oeste del Brasil. Los hermanos Villas-Bôas –Orlando, Cláudio y Leonardo– lideraron

la expedición Roncador-Xingu, iniciada en 1943, que unió el Brasil interior al litoraleño. Hicieron contacto con pueblos desconocidos, cartografiaron territorios, abrieron rutas en el Brasil central.

El libro *Rosinha, mi canoa*, en el que contrapone la cultura del sertón primitivo a la cultura predatoria y corruptora del blanco que se dice civilizado, fue su primer gran éxito. Aunque la obra que alcanzaría el mayor reconocimiento del público llegaría seis años más tarde, con el título de *Mi planta de naranja lima*. Relato autobiográfico, el libro narra la historia de un niño pobre que, incomprendido, huye del mundo real a través de los senderos de la imaginación. La novela conquistó a los lectores brasileños, del extremo norte al extremo sur, y rompió todos los récords de ventas. En esa época, el escritor afirmaba: “Tengo un público que va de los 6 a los 93 años. No solo aquí, en Río de Janeiro o en San Pablo, sino en todo el Brasil. Mi libro, *Rosinha, mi canoa*, se utiliza en los cursos de Portugués en la Sorbona, en París”.

Lo que más impactaba a la crítica era el hecho de que el libro hubiese sido escrito en apenas 12 días. “Sin embargo, estaba dentro de mí hacía 20 años —decía De Vasconcelos—. Cuando la historia está completamente terminada en la imaginación es cuando comienzo a escribir. Recién trabajo cuando tengo la impresión de que la novela está saliendo por todos los poros del cuerpo. Entonces, surge todo a borbotones”.

Mi planta de naranja lima vendió más de dos millones de ejemplares. Las traducciones se multiplicaron: *Barro Blanco* se editó en Hungría, Austria, la Argentina y Alemania; *Arara Vermelha*, en Alemania, Austria, Suiza, la Argentina, Holanda y Noruega; y *Mi planta de naranja lima* se publicó en alrededor de 15 países...

La inspiración autobiográfica continuó con *Vamos a calentar el sol* (1972) y *Doidão* (1973). *Lejos de la tierra* y *Las confesiones de fray*

Calabaza también presentan elementos que refieren a la vida del autor. La lista de sus obras incluyen, además, libros centrados en dramas existenciales –Marea baja (Vazante), 1951; Calle descalza (Rua Descalça), 1969, y La cena (A Ceia), 1975–, y otros dedicados a un público más joven, que abordan cuestiones humanísticas –Corazón de vidrio (Coração de Vidro), 1964; El palacio japonés (O Palácio Japonês), 1969; El velero de cristal (O Veleiro de Cristal), 1973, y El niño invisible (O Menino Invisível), 1978.

Junto al gaúcho Érico Veríssimo y al bahiano Jorge Amado, De Vasconcelos fue uno de los pocos escritores brasileños que podían vivir exclusivamente de los derechos de autor. Sin embargo, su talento no brillaba solo en la literatura.

Además de escritor fue periodista, conductor radial, pintor, modelo y actor. A raíz de su buen porte, representó el papel de galán en varios filmes y tele-novelas. Obtuvo premios por su actuación en Carteira Modelo 19, A Ilha y Mulheres e Milhões. Asimismo, modeló para el Monumento à Juventude, esculpido en el antiguo Ministerio de Educación, en Río de Janeiro, en 1941, por Bruno Giorgi (1905-1993), escultor brasileño reconocido internacionalmente.

Solo en un área no tuvo éxito: la academia. En la década de 1940, hasta llegó a ganar una beca de estudio en España, pero después de una semana decidió abandonar la vida académica y recorrer Europa. Su espíritu aventurero se impuso.

El éxito del autor se debe, principalmente, a la facilidad de comunicación con sus lectores. De Vasconcelos explicaba: “Lo que atrae a mi público debe de ser mi simplicidad, lo que yo creo que es simplicidad. Mis personajes hablan en lenguaje regional. El pueblo es simple como yo. Como ya dije, no tengo ninguna apariencia de escritor. Mi personalidad es la que se expresa en la literatura, mi propio yo”.

José Mauro de Vasconcelos falleció el 24 de julio de 1984, a los 64 años.

Para

Ciccilo Matarazzo



Explicación

Antiguamente, cuando escribía, dejaba entrever mi ternura, pero con mucho miedo.

Quería que todos mis libros oliesen a sangre y vinieran rotulados con el sello de: Machos como pocos.

Fue preciso que llegara a los cuarenta años para perder todo el terror a mi ternura y derramar con mis propias manos que queman de cariño (casi siempre sin tener quien lo reciba) la simplicidad de este libro. Léalo quien quiera. De una cosa estoy seguro: no tengo nada de qué disculparme ante el público.

Entonces, se lo presento:

ROSINHA, MI CANOA



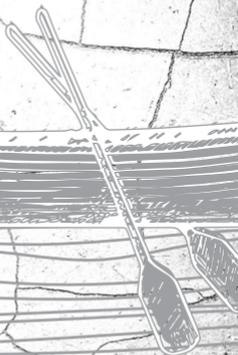
**PRIMERA
PARTE**

Los vegetales

1

Conversación de amor

A





Siempre sucedía así: Zé Orocó sonreía porque acababa de recordar que la vida era una cosa grandota y reluciente de tan bonita.

Por eso el remo hizo un chap-chap tan suave que el agua del río casi se transformó en música y la canoa se deslizó suavemente como si volase.

El sol tibio y somnoliento se escondía entre las nubes y comenzaba a descender remolcando a la tarde. El *jaburu*,¹ en la playa blanca del río, conversaba una eternidad de silencio caminando de allá para acá y, volviendo las patas largas, retornaba al punto de partida. A ese bicho tan feo y descoyuntado para caminar no había quien le ganara en cuanto a elegancia cuando volaba.

Vino un viento fríto, fríto, que le erizó la espalda desnuda. Pero hasta eso era bueno. Anunciaba la grandeza del frío del verano.

Zé Orocó sonrió más ampliamente. Pensaba en las noches en torno a la hoguera, en las lenguas rojas de las llamas corriendo por la leña seca; en el mundo de las estrellas que estaban allí, bien cerquita; en escuchar la conversación de la gente; en el cuerpo que, cansado del ardor del sol, dormía encogido entre las mantas delgadas, intentando trampear al frío que alargaba la noche.

El mes de abril tocaba a su fin. Lluvia grande solo habría al año siguiente. Quizá todavía cayeran unas ligeras gotas. Tal vez apareciera aún una lluvia de un día, pero más que eso era improbable.

1 Especie de cigüeña brasileña. (N. de la T.).

Miró al río, de crecida, en el cual solamente un hombre bien macho se aventuraría, clavando cuando hacía pie la larga *zinga*² que encallecía la mano, o el remo que silbaba de tanta fuerza, haciendo que el corazón, batiente, impulsara la sangre con violencia. Eran estirones que daban miedo. La luz del día parecía levantar los árboles de la selva, a lo lejos, como si toda la plantación estuviera en el cielo en vez de hallarse en la tierra.

El viento frío, de nuevo. Dio un empujón a la *zinga* y le comentó a Dios:

—Buenas tardes; bonito verano, que viene llegando con tanta ternura.

Y como Dios solamente sonriera, sin responder, continuó remando. Olvidó el paisaje y volvió a pensar en lo que estaba sucediendo. Dentro de tres días llegaría a la barra de Pedra. ¿Por qué le habrían enviado ese recado? Estaba contento con la vida, pescando y salando su pescado, cuando la canoa del indio atracó en la playa:

—¿Qué pasa, Andedura?

Andedura encalló la canoa en la arena.

—Zé Orocó, allá hay un hombre. Dice que es doctor. Y cuando lo dice es cierto, porque tiene una valija llena de ropa y otra llena de un montón de remedios.

—¿Y qué quiere conmigo?

—No sé.

2 Pértiga con la que se vence la corriente cuando no bastan los remos. (N. de la T.).

Andedura sacó una vaina de maíz del bolsillo del pantalón y comenzó a picar en la palma de la mano el tabaco arrollado.

—¿Quieres un *sinharu*?

—No me gusta mucho ese revienta-pecho.

El indio se quedó mirando la variedad de pescado que se estaba secando al sol y se puso en cuclillas por un momento, soltando largas bocanadas y apreciando con los ojos menudos la belleza de la tarde. Después, cuando acabó, se quitó la ropa y se zambulló en el agua tibia, se sacudió los cabellos largos, volvió a vestirse, y esta vez se sentó al lado de Zé Orocó. ¡Amigo bueno, ese que estaba allí! Amigo de todos los indios, fuesen carajás o javaés. Decían que Zé Orocó hasta cuando iba a Xingu hacía amistad incluso con indios de razas muy raras. Desde los camaiurás hasta los de labio grande y de nombre difícil: txucarramae. Que, al final de cuentas, no eran otra cosa que caiapós con trompa.

—¿Vas a ir?

El corazón de Zé Orocó hizo un toc-toc medio angustiado. Frunció el entrecejo intentando vencer o alejar un mal presentimiento.

—¿Cómo es el hombre?

—Grandote, medio pelirrojo. Fuerte, siempre cambiándose la camisa por el calor. Se quita la camisa y no aguanta el calor porque tiene la piel blanquita, blanquita. Pecho muy gordo, más que el tuyo, y lleno de grasita. Cuando llegó tenía una barriga muy grande, pero parece que no le gusta mucho nuestra comida: ¡está quedando más flaco! Pensé que podía ser hermano de aquel padre Gregorio que anduvo aquí por el Araguaia ya va para unos cinco años...

Hecho el retrato, el indio descansó, esperando alguna nueva pregunta.

—¿Qué vino a hacer?

—Dice que a tratarnos. ¡Dio inyecciones a todo el mundo! Dicen que dio montones de remedios. ¡Muchacho! Parece que vino a sacar las pestes... A la gente con malaria ya le está sacando los fríos enseguida...

—Y él, ¿cómo vino a saber de mí?

—Fue así: venía gente, el doctor la trataba. Preguntaba: “¿Falta alguien más?”. Venía más gente. “¿Falta alguien más?...”. Hasta que le dijeron que tú faltabas. Como yo venía de viaje me pidieron que te buscara. Listo, ya te di el mensaje.

—Siendo así...

Zé Orocó se rascó los cabellos ondulados y bastante crecidos. El blanco ya había anidado en toda su cabeza.

—Andadura, ¿comes conmigo hoy?

—Voy a quedarme aquí. Así conversamos mucho.

—Me parece bien. Hace un tiempo largo que no hablamos...

—Tu ahijado Canari Sariuá está haciéndose un hombre.

Andadura sonrió pensando en el hijo, ya muchacho. Hasta, por un minuto, extrañó su casa.

—Voy a darte carnada y anzuelo para que se los llesves, ¿eh?

—Muchas gracias.

Andadura fue a la playa a buscar leña para hacer fuego y asar el pescado de la cena.



Después de eso, ya hacía tres días que Zé Orocó remaba río arriba; esperaba, con tres días más, pasar el banco de arena en el Rio das Mortes, cinco leguas arriba de San Félix, y llegar a la barra de Pedra en las primeras horas del amanecer.

Perdido en sus pensamientos reparó, asustado, en que se aproximaba la noche, distraída y ligera. Necesitaba buscar una playa bien seca, en la boca del viento de la noche, para que este barrera cualquier mosquito que todavía estuviese vivo.

Zé Orocó se acordó de *ella* y resolvió acabar con la pelea. Hacía dos días que *ella* se enfurruñara y no cambiaba ni una palabra con él. Y como siempre era la última en querer hacer las paces, a él le correspondía comenzar.

—Estamos bien en la horita de que la gente se acueste, ¿no?

Silencio. Ninguna respuesta. Insistió:

—Aquella playa, allá, es alta. ¿Te gusta?

Ella se dignó a responder:

—*Xengo-delengo-tengo*... No me importa.

Zé Orocó se armó de más paciencia; exclamó:

—¡Caramba! ¡Últimamente andas con muy mal genio!... ¡Te enfurruñas por cualquier cosa! Cuando uno habla, ni prestas atención...

—*Xengo-delengo-tengo*. Soy yo, ¿no?, yo quien tiene la culpa de todo. Por cualquier cosa peleas y discutes, ¡y todavía me insultas y me echas la culpa!

En momentos así, y para no empeorar las cosas, era mejor manifestar que se estaba de acuerdo y buscar una disculpa.

—Es que ando muy nervioso con ese asunto del doctor...

—*Xengo-delengo-tengo*. Entonces necesitas mejorar. Vamos a

entrar en aquella playa, allá; tú me tomas y vas a anclar del otro lado. Tienes que hacer solamente aquellas cosas que te gustan...

—Prometo que voy a tener más cuidado.

Hicieron una pausa. La noche oscurecía más. Casi no se veía la margen del río y el blanco de la playa iba desapareciendo, desapareciendo...

Zé Orocó sonrió por dentro. Ella se estaba poniendo más mansa.

—¿Dónde dices que es mejor anclar?

—*Xengo-delengo-tengo*. Da otras tres remadas, porque ese rincón es ideal...

Entonces él puso en su voz la miel de todos los ingenios de azúcar del Brasil.

—¿Me quieres?

—*Xengo-delengo-tengo*. Sí. ¿Y tú?

—Yo te adoro.

—*Xengo-delengo-tengo*. Estás mintiendo.

—¿Quieres que te lo jure? Pues bien, juro por las cinco llagas de san Francisco de Asís.

—*Xengo-delengo-tengo*. San Francisco sólo tenía cuatro llagas.

—Tenía cinco. Una grandota, en el corazón, que nadie podía ver. ¿Y ahora?

—*Xengo-delengo-tengo*. Si es así está muy bien. Yo... yo... te creo.

Zé Orocó suspiró aliviado. En el cielo, Tainá-kan, la estrella grande de los carajás, tenía un pequeño halo de frío en torno de su enorme brillo.